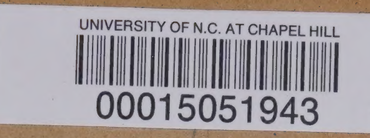
Homenaje al Doctor

Manuel Florencio Mantilla


LUX
LIBERTAS



HOMENAJE

AL DOCTOR

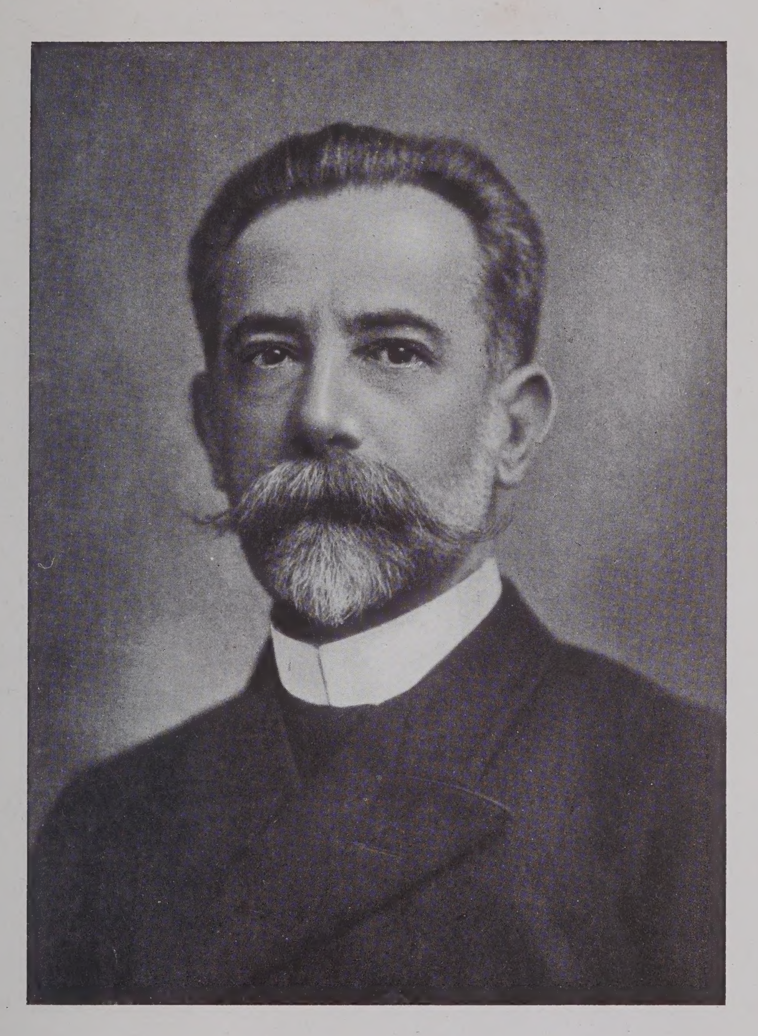
MANUEL F. MANTILLA

CELEBRADO EN EL CEMENTERIO DEL NORTE
DE ESTA CAPITAL
EL 19 DE OCTUBRE DE 1924
EN OCASIÓN DEL DÉCIMOQUINTO ANIVERSARIO
DE SU MUERTE



BUENOS AIRES
«IMPRENTA NACIONAL» DE J. LAJOUANE & CÍA.
270 - Calle Bolívar - 270
1924

HOMENAJE AL Dr. MANUEL F. MANTILLA



HOMENAJE

AL DOCTOR

MANUEL F. MANTILLA

CELEBRADO EN EL CEMENTERIO DEL NORTE
DE ESTA CAPITAL
EL 19 DE OCTUBRE DE 1924
EN OCASIÓN DEL DÉCIMOQUINTO ANIVERSARIO
DE SU MUERTE



BUENOS AIRES

«IMPRENTA NACIONAL» DE J. LAJOUANE & CÍA.
270 - Calle Bolívar - 270

1924

DOS PALABRAS

La Junta Ejecutiva organizada en esta Capital para tributar un homenaje, en acto público, que honrara la memoria del esclarecido ciudadano Doctor Manuel F. Mantilla, con motivo del décimoquinto aniversario de su muerte, ha resuelto reunir en este folleto los discursos pronunciados ante su tumba, así como algunas publicaciones pertinentes, para circularlo entre las instituciones y personas que se adhirieron.

La demostración tuvo lugar en el Cementerio del Norte, el 19 del corriente mes, asistiendo una numerosa y selecta concurrencia, en la que se encontraron representantes del Gobierno de la Provincia de Corrientes, de la Cámara de Senadores y de Diputados de la misma, del Consejo Superior de Educación, de la Universidad Popular, Academia de Bellas Artes e Idiomas, Escuela Normal de Maestras, Biblioteca Popular, Club Social y del Progreso, y Municipalidad de Saladas.

Asistieron también delegados de la Junta de Historia y Numismática de esta Capital, del Archivo General de la Nación, de la Academia de Filosofía y Letras, del Colegio de Abogados, del Instituto Geográfico Argentino.

Hicieron uso de la palabra el Doctor J. Honorio Silgueira, en nombre de la Comisión Popular y del Gobierno de Corrientes, el Doctor Martiniano Leguizamón, en nombre de la Junta

de Historia y Numismática, el Señor Evaristo Pérez Virasoro, por el Partido Liberal de Corrientes, y el Doctor Alberto Palomeque, como condiscípulo y amigo que fué del Doctor Mantilla.

Se colocaron placas y coronas de bronce de la Comisión Popular, de la Junta de Historia y Numismática, del Senado de la Provincia de Corrientes y del Partido Liberal de la misma, así como coronas de flores naturales del Instituto Geográfico Argentino y del Archivo General de la Nación.

La Junta Ejecutiva agradece a todos su valiosa cooperación.

J. Honorio Silgueira
Presidente

Raul G. Torrent
Vice-Presidente

Juan Ramon Galarza
Secretario

Vocales: *Valentín Virasoro — Santiago H. Fitz-Simon — Manuel V. Figuerero — Benjamín S. González — Hipólito Caussat — Angel Acuña — Daniel Fernández — Carlos T. Saráchaga — Ernesto Sánchez.*

Buenos Aires, Octubre 24 de 1924.

INVITACION PASADA A LA FAMILIA

Buenos Aires, Octubre 16 de 1924.

Señora Rosalía Pampín de Mantilla e hijos.

Presente.

De nuestra más distinguida consideración:

Hay en la posteridad un espíritu ineludible de justicia, que al hacer imposible el olvido, repara las dilaciones, desvaneciendo las impaciencias del error o la pasión.

El Dr. Manuel F. Mantilla llenó el ciclo de una vida fecunda y superior. Fué para Corrientes algo más que el exponente de sus energías morales y el evocador de su pasado y de sus glorias. Figura plena, de vigorosa mentalidad y de carácter, estadista, legislador, periodista doctrinario y de combate, historiador, publicista, orador, patriota siempre, exaltado hasta la elocuencia y la poesía, cálido como la fuerza de los grandes sentimientos que alimentaban sus inspiraciones, impetuoso, como todo corazón que no se resta, supo presentar como rasgo de fisonomía moral, la pureza de una austeridad sin desmayos y sin sombras. Son hoy propicios los tiempos y la patria y la provincia reclaman estas evocaciones de sus grandes espíritus.

Estos sentimientos, traducidos en conciencia póstuma, han dictado la necesidad del homenaje a cuya memoria, que se rea-

lizará en el Cementerio del Norte el domingo 19 del corriente a las 10.30 horas, esta Junta Ejecutiva se hace un honor en invitar, muy especialmente a ustedes.

El homenaje consistirá en la colocación de una placa de bronce en nombre de la provincia de Corrientes, una corona de bronce en nombre de la Cámara de Senadores de la misma, una placa en nombre de la Junta de Historia y Numismática de esta Capital, una corona de flores naturales en nombre del Instituto Geográfico Argentino, y una palma de flores naturales en nombre del Archivo General de la Nación.

Harán uso de la palabra: el Dr. J. Honorio Silgueira en representación de la Comisión Popular y del Gobierno de la Provincia de Corrientes, el Dr. Martiniano Leguizamón por la Junta de Historia y Numismática, de la que es Presidente, y el Sr. Evaristo Pérez Virasoro en nombre del Partido Liberal de esa Provincia.

Nos es grato saludarlos atentamente.

J. Honorio Silgueira

Valentín Virasoro *Santiago H. Fitz-Simon*

Manuel V. Figuerero *Hipólito Caussat* *Benjamín S. González*

Angel Acuña *Daniel Fernández* *Carlos T. Saráchaga*

Ernesto Sánchez *Juan R. Galarza*

DISCURSOS

DEL DOCTOR J. HONORIO SILGUEIRA

La leyenda que engalana el bronce simbólico que acaba de descubrirse, traduce en su conceptuosa y elocuente sencillez, la fiel y exacta expresión de una verdad consagrada, que la Provincia de Corrientes debía, tenía que exteriorizar en acto público, trayendo ante esta tumba, en nombre del concenso colectivo, su ante-juicio contemporáneo, que ha de acentuarse o confirmarse, mañana, sin duda alguna, en el reajuste de la serena apreciación histórica, rindiendo así pleno y justiciero y merecido homenaje a uno de sus varones más ilustres, el doctor Manuel Florencio Mantilla.

El suceso resulta tanto más auspicioso y significativo, cuanto que contribuye a darle particular realce, la concurrencia de fuerzas morales divergentes, que pugnaban por condensarse, como lo han hecho, en torno a la memoria, a la figura del doctor Mantilla, destacando así, en una levantada manifestación de cultura cívica, los rasgos salientes de su personalidad bien definida.

Corrientes de su nacimiento y de sus anhelos, de sus amarguras y de sus amores, de sus pasiones encendidas y sus ensueños patrióticos, paga hoy su deuda, de testimoniarle el re-

conocimiento de sus notorias calidades de ciudadano, proclamándole solemnemente como a uno de sus hijos predilectos y de sus exponentes más representativos.

Mantilla es en efecto, el prototipo más genuino, como producto de nuestro medio autóctono, de nuestra ardiente naturaleza subtropical, de nuestro temperamento espiritualista, de nuestra altivez indómita, con todos los vicios y virtudes, fallas y cualidades inherentes, que hizo en su tiempo, de nuestro paisano un centauro, de nuestra juventud un baluarte, de nuestro pueblo una sólida estructura de abnegación y resistencia, de nuestras campañas contra la tiranía y las ásperas discordias intestinas, un amor por la libertad y autonomía de nuestra provincia, arraigando en nuestros corazones el hondo sentimiento de la capacidad individual y colectiva, cantados por el General Mitre en el clásico apotegma guaranítico del «Ayereco cuahá catú», y que constituyó, como presente filial, el aporte histórico con que concurrimos a laborar y consolidar en nuestra primera centuria, los destinos armónicos de la República.

En el último medio siglo de nuestra vida institucional, sólo se destacan en el escenario de la provincia correntina, con caracteres de superior gravitación, dos personalidades descollantes, que dejan tras de sí huella profundizada de su paso: el doctor Juan Eusebio Torrent, modelo de austeridad, inteligencia y civismo, y el doctor Manuel Florencio Mantilla, conjunto de pensamiento y de acción, de energía y de labor.

Alumno sobresaliente, abogado laureado casi a los 21 años, periodista, revolucionario, gobernante, escritor, historiador, crítico, orador, parlamentarista, académico universitario, político militante, servidor público — en una palabra — de su provincia y de su país, el doctor Mantilla puso en su larga y agitada actuación, a la par de la sinceridad y valentía de sus convicciones, la acometividad de su temperamento inquieto y batallador,

la intransigencia bien intencionada de sus aspiraciones partidarias, puso decía, las mejores dotes de su inteligencia, el culto de sus ideales democráticos, el caudal de su experiencia y preparación, y especialmente y por sobre todas las cosas, la firme, inquebrantable devoción a los principios morales y políticos que informaron su vida de hombre, de ciudadano y de patriota.

Egresado de la universidad, empezó a inmiscuirse en la política correntina, en 1874, en el período que se ha llamado caótico o de las querellas intestinas, en que las pasiones desenfrenadas la ensangrentaron, desquiciando o retardando la acción gubernativa.

Fué para él, afortunadamente, la prueba de fuego, que puso a contribución su capacidad y su carácter. Allí, en ese entonces, en esa fragua, templó sus primeras armas de adolescente, y supo definir orientaciones; allí, modeló su espíritu de luchador enardecido, demostrando desde el primer momento que estaba llamado a ser, como lo fué en efecto, un factor necesario y eficiente en la obra constructiva que había de impulsar en su hora y en su medida, el futuro ansiado de la provincia.

Múltiple fué, después, su tarea ulterior, cuando desplazado por acontecimientos políticos, juntamente con otros hombres de acción concordante, dedicó en el silencio y en el estudio, sus horas afanosas de investigador, enriqueciendo nuestra producción histórica, con trabajos de diversas índole, en los que constató poseer y saber aplicar con cabal discernimiento, métodos y criterios racionales o científicos.

Su labor de publicista se robustece a medida que pone en movimiento el ejercicio de otras actividades, que acrecientan su acerbo moral e intelectual, y revelan en él, selectas aptitudes y condiciones comprobadas de gobernante, legislador y tribuno.

Mantilla, poseía en alto grado, los atributos que exornan la propia personalidad, y que le permitieron desenvolver libremente, en su vida pública y privada, su acción de ciudadano, en medio de las agitaciones y contradicciones de nuestra democracia. Fué franco y espontáneo hasta tocar casi en lo temerario, mantuvo invariablemente el coraje e independencia de sus opiniones, buenas o malas, aceptables o equivocadas, sin escudriñar los vientos del horizonte, con una probidad moral, que constituyó uno de sus mejores títulos de honor, calidades todas, que bien pudieron servir de modelo en la última década transcurrida y podrían utilizarse ahora, en estos precarios tiempos que andan, como una saludable advertencia y un estímulo reconfortante de nobilísimas inspiraciones, a nuestra juventud desorientada, a nuestro pueblo un tanto incrédulo en la virtud de sus propias fuerzas, al llamado eclecticismo de nuestros estadistas y gobernantes, que llevan sobre sí la pesada responsabilidad histórica, de conducir y asegurar, con mano firme, el presente y porvenir de la nacionalidad.

El senador Mantilla en la sesión de junio 8 de 1901, con motivo de tratarse un proyecto de ley para dar el nombre de Mitre, a una calle del municipio de esta Capital, fundamentó con noble enteraza, su voto en contra, en esta forma: «Mitre vive, es miembro y presidente de este cuerpo, que legisla y gobierna; está mezclado en la alta política del día; tiene mucha parte de responsabilidad moral en el orden de cosas imperante, por su altísima posición oficial y por su prestigio; no ha llegado, pues, aun para Mitre la hora del homenaje proyectado, que siempre es póstumo cuando lo disciernen los primeros poderes del estado en nombre de la soberanía nacional. Mi concepto del régimen republicano excluye la apoteosis oficial, y aun la popular, de los que todavía son sobre la tierra voluntad y fuerza activas».

«En todos los tiempos — agregó — la austeridad republicana ha condenado la deificación de los vivos, y yo, al invocarla, pongo mi voto a su amparo, estimulado por el sentimiento del deber que han fortalecido en mi corazón las virtudes públicas y privadas de Mitre. No me importa que me condenen ni pretendo que me aplaudan; procedo por deber y tengo ante mi conciencia, como justificación plena, la austeridad republicana que Mitre nos ha enseñado con su vida».

Bellas palabras, señores, pero más bella interpretación aun de su fe republicana, en un espíritu independiente y superior.

Al doctor Mantilla nos lo arrebató inesperadamente la muerte, cuando se habían sedimentado cada vez más en su ser, el fruto madurado de sus estudios y las ejemplares enseñanzas de la vida, hallándose en la plena posesión y serenidad de su juicio y de su inteligencia, habilitado como nunca para rendir a sus conciudadanos, a las letras y al gobierno de su patria, inapreciables y positivos servicios en los diversos órdenes de su fecunda actividad.

En nombre de la Comisión Popular del homenaje y del Gobierno de Corrientes, que al honrarme con su representación, exalta en su decreto — dice — «la memoria del esclarecido « hijo de la provincia, llamándole alto exponente de cultura « superior, que en las posiciones que ocupó puso al servicio de « los intereses públicos de aquélla y del país su capacidad des- « collante y su patriótica sinceridad»,—ofrendo la espontaneidad y el calor de esta demostración, al recuerdo perdurable del doctor Mantilla, y al amor de los suyos y de nosotros mismos, porque también fué nuestro, formulando votos, por que resurjan nuevamente en el país, como dádiva promisoria de mejoramiento nacional, épocas, hombres y sucesos, que ayuden a restaurar nuestras vacilantes o debilitadas energías, a vigorizar

cada vez más nuestro espíritu nacionalista, a defendernos de las asechanzas o peligros del presente instable, a retemplar el carácter de las actuales generaciones, orientando el gobierno de la sociedad y la democracia, hacia la conquista de los ideales, que prometimos realizar ante el mundo, en los postulados permanentes e inalterables de nuestro credo político y nuestra constitución republicana.

DEL DOCTOR MARTINIANO LEGUIZAMON

Señores:

Traigo a este homenaje póstumo, la adhesión de la Junta de Historia y Numismática Americana, grabada en bronce, para perpetuar la memoria del que fué uno de sus miembros más destacados.

Perteneció el doctor Mantilla, al grupo benemérito de investigadores del pasado argentino, que presidía el general Mitre, en las tertulias dominicales en la casa del numismático Rosa, ubicada, como por secreto designio, junto a la casona histórica, donde Vicente López, escribió las estrofas imperecederas de la Canción nacional, y vió llegar el postrer día de su gloriosa vejez.

Allí, en el ambiente apasible de aquella sala, que atesoraba tantos recuerdos evocadores, fué donde estreché por primera vez la mano del distinguido escritor correntino. Veo aún a través de las brumas de la lejanía, su inconfundible perfil. Tenía el rostro trigueño, la barba en punta, el cabello liso volcado

hacia atrás para despejar la frente erguida; y los ojos negros y vivaces, brillaban con fulgores de la pasión recóndita cuando se enardecía.

Era pulcro en el vestir y elegante en la dicción. Hablaba con desenvoltura y seguro dominio de los temas históricos. Su palabra calurosa, como si quisiera hacerla más penetrante, cobraba con frecuencia ese acento característico de su lengua nativa, tan rica en hermosos giros e imágenes expresivas y sonoras. Se diría que el númen le venía de las selvas. Tan briosa era su altivez espiritual.

En ocasiones deslizaba el grano de la ironía para animar el debate enardeciendo la réplica, y sonreía cuando había logrado desconcertar al adversario. Era su esgrima favorita. Una treta sagaz del guerrillero ágil y movedizo, que sabía entretener a los oyentes dando animación al tema debatido, con observaciones agudas y eruditas.

Los replicantes ilustraban a su vez el punto con nuevas noticias; y así las amenas conversaciones de aquella rueda de amigos de la historia y numismática, se convertían en fuente de investigaciones que ha recogido el libro. De allí nació nuestra Junta, en cuyo nombre vengo a traer a esta tumba el sincero homenaje de los que mantenemos la lámpara encendida...

Hijo de Corrientes, la batalladora indómita en las cruzadas contra la tiranía y cooperadora de la organización institucional, puso el mayor esmero para ilustrar los anales de su tierra, desde el remoto origen de la fundación de la ciudad de Vera.

La labor paciente de su pluma salvó del olvido muchas vidas y noticias ignoradas, con especialidad las referentes a hombres y cosas de aquella Provincia, como los estudios sobre la «Bibliografía periodística», los «Bocetos biográficos» y las «Narraciones».

Su exaltado modo de sentir ha enturbiado la visión del narrador, que olvida en muchas de sus páginas, el consejo de Tácito, «sine ira et studio». Sin embargo, cuando su espíritu se serena y estudia con verdadero amor de investigador algún tema virgen, como ocurre con los «Premios militares», surge el escritor erudito y diestro que nos cuenta la historia de esas reliquias de las glorias nacionales.

De mayor vuelo aún por el asunto, es el análisis expositivo y crítico de la «Historia de San Martín», del general Mitre. Escrito meditado con criterio maduro y una gran versación de la literatura histórica americana y los documentos de los archivos, resalta de sus comentarios ilustrativos la verdadera importancia de esa obra, digna del gran Capitán.

Con ese estudio fundamental y de aliento, inició Mantilla el método de la crítica racional en nuestras letras, cuya aparición saludó la prensa, pues era promesa segura de la obra de su madurez intelectual que interrumpió la muerte.

Pero es suficiente esa iniciativa y ese libro para señalar el nombre del distinguido historiógrafo a la juventud argentina, porque en sus páginas, henchidas de sana emoción, aprenderán a rendir culto a nuestros héroes.

DEL SEÑOR EVARISTO PEREZ VIRASORO

Señores:

Al evocar, en hora de justicia, a la serena luz de los recuerdos, la figura del doctor Mantilla, un período he-

roico del pasado de Corrientes se impone también a nuestra memoria y a nuestra consideración. Es privilegio de los hombres representativos comparecer ante las generaciones como envueltos en los sucesos que comprometieron sus vidas, o reflejaron su pensamiento y su esfuerzo en la época de las grandes luchas por la libertad y por la ley. El espíritu de Mantilla ilumina una vasta zona de nuestra historia provinciana y proyecta todavía intensa claridad sobre el escenario de la nación, en el que fuera personalidad de rasgos propios y acentuados, destacada fuertemente por su inteligencia, por su ilustración y por los medios de que disponía para expresar sus ideas y para luchar por ellas.

Fué en todo tiempo un leader del concepto autonómico que ha costado a Corrientes tan largos y cruentos sacrificios y que a la vez explica la consolidación definitiva de sus instituciones, dentro de los respetos recíprocos que supone nuestra organización política. En ese sentido, el doctor Mantilla supo confundir a su propia alma con el alma de su pueblo y transformar por el estudio de la historia y del derecho federal, la visión primaria de nuestros instintos bravíos, convertida al fin en conciencia de pueblo ordenado y libre, tan respetuoso de la comunidad que mueve y compromete su patriotismo, como celoso de sus prerrogativas de entidad política, llamada a gobernarse a sí misma con el criterio y dentro de las normas de su propia orientación.

El Partido Liberal de Corrientes, en cuyo nombre me cabe el honor de hablar en esta ocasión, contó al doctor Mantilla entre las grandes personalidades centrales y directivas, que supieron convertirlo en una verdadera escuela de libertad y de civismo, dándole altos ejemplos de abnegación, y enseñándole que la obtención del gobierno no compensa el sacrificio de la altivez y del decoro de los ciudadanos y de las agrupaciones.

Compartieron esa dirección durante largos años y a través de grandes dificultades y verdaderas vicisitudes, aquella alta cabeza de don Juan Eusebio Torrent, austero repúblico y tribuno elocuente; don Juan Esteban Martínez, cuyo amor al silencio permitía advertir el ritmo de su gran corazón, en el que residía el secreto de su valor legendario, y explicaba su predilección por las formas escritas, en las que era un maestro de claridad y de precisión; y don Manuel Florencio Mantilla, más joven, más ardoroso, combatiendo con la palabra y con la pluma, cuando no era el caso de tomar las armas en defensa de los altos principios y de las altas prerrogativas del hombre y del ciudadano. Incurro en una deliberada omisión al no mencionar a quien felizmente nos da todavía de presencia las enseñanzas que surgen de sus virtudes ciudadanas, sino aquellos nobles desaparecidos que fueron nuestros guías, nuestros directores, nuestros maestros, en la vida cívica.

Era Mantilla un hombre de estudio, de pensamiento, de letras y de acción, a la manera de los organizadores del país, solicitados a la vez por los campos de batalla, la tribuna popular, el parlamento, la prensa, las atenciones del gobierno y hasta las exigencias de la propia cultura, que tiende a ensanchar en toda circunstancia los horizontes de la vida mental, y que en épocas no muy lejanas, lo mismo llevaba la luz del libro a la carpa del revolucionario que al aislamiento del proscripto.

Corrientes debe un homenaje de alcances diversos a la memoria de este preclaro hijo suyo, porque él develó muchos misterios de su gran historia, poniendo de pie la figura de correntinos eminentes, más o menos olvidados u obscurecidos; porque él amó y defendió en todos los terrenos, la libertad y la autonomía de la provincia; porque él la representó con dignidad y brillo en las dos cámaras del Congreso Nacional; porque él, al servicio de sus convicciones cívicas, conoció las amargu-

ras del destierro y las inclemencias de la guerra civil, a que el desgobierno y la violencia obligaron tantas veces.

Hombre de posición desahogada, dotado de las condiciones que hacen posible y amable la vida sedentaria, a los fines de la investigación histórica y de los estudios generales que le dieron tanta autoridad, corresponde recordar que jamás se decidió por sus gustos de esa índole, cuando se vió colocado entre ellos y sus deberes y convicciones de patriota y de ciudadano, estando siempre dispuesto a sacrificar su comodidad, los halagos familiares, las atracciones de la propia tertulia en que dominaba su palabra fácil y evocadora, y todo cuanto hubiera podido seducirle o detenerle, para ir a servir con fatiga y riesgos la causa de sus ideales y de sus principios.

Su abnegación abundó en pruebas de esa naturaleza, que constituyen preciosos y saludables ejemplos. Tenía la voluntad educada y ejercitada para la acción y su vida fué una victoria permanente sobre todas las seducciones del egoísmo y sobre todas las sugestiones de la molicie. Gallardo, delgado, flexible, la naturaleza le había dado el físico propio de los temperamentos nerviosos, la aptitud de la decisión, superior a toda desidia, y el fácil desdén de los placeres y de las satisfacciones que constituye el fin primordial de muchas existencias.

Traía desde la infancia esas características enérgicas y reveladoras. Estudiante de condiciones sobresalientes, logró muy joven su título de abogado, obtenido tras una sucesión de brillantes éxitos universitarios. Se dió a la vida con sus pasiones y hasta con las violencias de su carácter, pero halló en sí mismo — pues no conoció el cálculo, ni supo doblegarse ante el éxito — los elementos necesarios para corregir los excesos de su propio juicio y las mismas intemperancias de su organización arrebatada y vehemente. La sinceridad, el desinterés, la indudable pureza de los móviles, hiciéronle respetable y aun simpático en todas las circunstancias de su vida batalladora.

Había tenido ya una actuación destacada en su provincia, llegando a colaborar con eficacia en las altas funciones del gobierno, y sin tener ninguna condición de burócrata, fué a buscar en el Archivo de la Nación, por el ejercicio de un cargo modesto, las fuentes mismas de los estudios históricos que tanto le apasionaran, y a los que se deben esclarecimientos y ampliaciones notables, que lo mismo comprendían, el comentario de la vasta obra de Mitre, o la escena inolvidable de la herida que se fijó como una estrella de predestinación en su frente, que eran verdaderos monumentos levantados a la memoria de correntinos ilustres como Pedro Ferré, Berón de Astrada o Plácido Martínez.

Señores:

La justicia de las generaciones respecto de hombres del valor y la significación del doctor Mantilla, asegura tanto el culto de los grandes recuerdos como la inclinación y la tendencia constante a la práctica de las virtudes que en ellos honramos. Es así como el pasado alcanza con sus rayos el porvenir y hace del presente el eterno paso hacia la perfección anhelada. Los representantes del Partido Liberal de Corrientes nos sentimos investidos de una noble misión al depositar en la tumba del doctor Manuel Florencio Mantilla, la ofrenda en que se envuelve su alma colectiva, llena de caras memorias, de dulces ensueños y de fuertes anhelos.

DEL DOCTOR ALBERTO PALOMEQUE

Estos coloquios con el alma de los muertos ilustres frente a un monumento que no la contiene, dispersa en los frutos de

la inteligencia que por ahí vagan en forma de libros, no deja de ser atrayente, porque a lo menos se ha establecido un sitio oficial para resucitar el espíritu valeroso que se fué, haciéndole asistir todavía al vaivén de la mundana vida.

Quizá sea uno de los pocos compañeros de Mantilla de su edad juvenil. Lo conocí en la universidad, cuando concurríamos a la clase de derecho civil, dictada por el inolvidable «Sargento», así lo llamábamos, al doctor don José María Moreno.

Tres figuras de estudiantes se destacaban en la sala donde se daba la clase: Jovita Jorge, Manuel F. Mantilla y José Urdapilleta. Lo que de estudiantes revelaron ser, lo fueron en el desarrollo de los acontecimientos nacionales, pues ocuparon altos puestos, donde el carácter propio de cada uno quedó revelado. De estos tres, dos eran rivales, pero siempre amigos, cómo que en su ser bullía la misma efervescencia de las pasiones transmitidas por la herencia, desde abolengo, y por el propio ambiente de sus antepasados.

Hablo de Mantilla y Urdapilleta; el uno era correntino, y el otro paraguayo; fronterizos de tierra, vagaban en el mismo cielo de sus ideas. Mantilla entraba a clase, donde Moreno le distinguía, a la par de sus condiscípulos, sabiendo el tema, de una manera extensa y profunda, como que, poseedor de una memoria privilegiada, recitaba íntegros los artículos y notas del Código Civil que Vélez Sársfield acababa de dar a luz, y que Moreno explicaba con aquella claridad de pensamiento y de frase innata de su intelecto serio y alma recta. Urdapilleta era un tipo contrario. No estudiaba tanto los hechos. Miraba por encima la disposición legal, y luego dejaba que su inteligencia campeara a su voluntad por el campo de la sabiduría. Tenía una inteligencia más vívida, más deslumbrante. Pero ambos coincidían en un ideal hermoso: en el odio a todo lo que

oliera a tiranía. Urdapilleta la odiaba porque en su carne se habían sentido los chasquidos del látigo del mandón sanguinario, taciturno y sombrío. Mantilla, porque en su terruño había contemplado las huellas de la sangre generosa vertida por quienes, como Berón de Astrada, murieron clamando Libertad y Constitución, cuya tradición no se ha perdido por la acción del tiempo. Fué una figura que pugnó por lo que había bebido su pensamiento durante la vivienda bonaerense. En él se observa nítidamente el fruto fecundo de la Universidad de Buenos Aires, que el tirano derrumbó destruyendo la obra de hombres como Pueyrredón y Rivadavia. Es un fenómeno digno de llamar la atención. La Universidad de Buenos Aires ha llenado una misión grande en el orden nacional, como la ha llenado la de París en el mundo entero, cuyos frutos brotaron en Japón, Turquía y China.

Los jóvenes educados en la Universidad llevaban a su terruño el gérmen de nuevas ideas intensivas. Así el espíritu nacional se iba ensanchando por los vínculos de la confraternidad literaria, enseñando a los pueblos otra «Federación» muy distinta de aquella que fray Cayetano Rodríguez, y aun el padre Castañeda, ensalzaban o cantaban con el título de «Federación o Muerte».

Mantilla, pues, fué siempre un porteño-correntino, es decir, un porteño provinciano, que supo comprender y practicar el dogma federativo, conciliando la tendencia nacional con el sentimiento autonómico, por el que se había bregado en su aldea desde 1831, por hombres como Ferré y Leyva, aunque a veces de una manera algo intransigente para un espíritu de nuestros días. Dentro de esta tradición, cuya manifestación más elocuente tuvo lugar en Pago Largo y en el célebre tratado de Alcaraz, repudiado por el tirano, porque en él brillaba un sentimiento humano, ese que Urquiza escondía para que resplan-

deciera años después en Caseros, fué que Mantilla se desarrolló políticamente, ensalzando a los mártires de esa época, ya fuera que los ultimara el tirano argentino, ya que, como a Perugorria, fuera el caudillo oriental quien le arrebatara la vida. En su acción militante se le vió sostener lo que por Buenos Aires pugnó valiente aunque desgraciadamente en 1880, respondiendo a esa comunión ideal de la vida universitaria, que el tirano mató porque sabía que encerraba la raíz de la unión nacional. La derrota fué el signo en que se reconocieron las virtudes de los hombres de aquel momento histórico. El maestro de Derecho Civil de 1870, daba el ejemplo a sus discípulos. Moreno, quizá engañado, tuvo el valor de afrontar la situación, y Mitre la de prestarse a encauzar el arroyo de sangre para que corriera a purificarse en el agua pura de la conciliación y la concordia. Nuevos días vinieron. La patria reclamaba una política evolutiva, porque los hechos consumados son base del futuro a desarrollarse en el escenario de los pueblos. Mantilla la sirvió, poseído de honor público y privado, del que dió muestras en un incidente solemne de su vida de senador de la república. Ahogó aspectos y conveniencias partidarias para despertar a la vida de la moralidad política. Deja obras importantes, que el gobierno debiera editar para ilustración de los servidores del país. Y, sobre todo, una descendencia que le honra y enaltece, a cuyo frente aparece, como digna vestal de su hogar, la que conserva el fuego sagrado del amor, no permitiendo se extinga el que brilló en las horas dulces de la vida. Honrar la memoria del muerto y conversar con su alma dulce, es pagar la deuda de gratitud que siempre existe para con el hombre superior que se fué, dejándonos como herencia el fruto de sus investigaciones científicas.

NOTA DIRIGIDA AL MINISTRO DE OBRAS PUBLICAS DE LA NACION

Buenos Aires, Octubre 16 de 1924.

A S. E. el señor ministro de Obras Públicas de la Nación, doctor Eufrasio S. Loza.

Ciudad.

Excelentísimo señor:

El 17 del actual cumplirá el décimoquinto aniversario del fallecimiento del doctor Manuel F. Mantilla, hijo ilustre de la provincia de Corrientes, eminente servidor público de la Nación, desde los elevados cargos de diputado y senador nacional en diversos períodos, al par que cultor eficiente de la historia nacional, cuya labor multiforme y profícua ha dejado obras de un valor incalculable, justamente apreciada por los profesionales dedicados a las disciplinas históricas. A esta labor destacada y apreciable de hombre de ciencia, se agrega su actuación ciudadana en el campo de las luchas cívicas, en el período inorgánico y reconstructivo de la nacionalidad, en las que se destacó vigoroso y viril, en demanda del comicio libre y por la obtención de las prerrogativas y preeminencias de los dogmas consagrados por la Constitución Nacional.

En esta brega incesante y sin cuartos de hora de descanso,

se jugó todo entero por el triunfo de su ideal; asistió a los comicios tumultuarios de treinta años atrás, con la gallardía y el fervor patriótico que le inspiraba su causa, la misma que lo llevara a las contiendas armadas, cuyo desenlace se traducía en batallas, en campos donde se luchaba con pasión y fiereza propias de las gallardías de su pueblo, decidadamente altivo y apasionado idólatra de la libertad.

La desaparición del luchador fervoroso, las pasiones y los enconos que pudo haber despertado, se han serenado, y el voto unánime y concluyente de su pueblo ha coincidido en este juicio breve y sintético: el doctor Mantilla fué un destacado servidor público y un varón excelso de la provincia de Corrientes, de la que es un representativo calificado.

El décimoquinto aniversario del fallecimiento de este ilustre argentino, ha movido a un respetable grupo de sus amigos a tributar un homenaje a su memoria, y constituída en Junta Ejecutiva ha tomado la iniciativa de realizar esta demostración.

La bondad de la idea de un homenaje al doctor Mantilla ha repercutido intensamente en la provincia de Corrientes. Los poderes públicos y las instituciones sociales y culturales, se han adherido con entusiasmo a esta iniciativa y han nombrado sus representantes para la ceremonia proyectada, que se celebrará el 19 del corriente, en el Cementerio del Norte.

La Junta Ejecutiva, que ha tomado a su cargo la realización de este acto de reparación y de justicia, ha creido que no debía dejar pasar esta oportunidad para solicitar del gobierno nacional la consumación de un acto de consagración póstuma, para el ciudadano eminente, cuya dedicación a los intereses nacionales fué leal y austera.

En consecuencia, teniendo en cuenta los patrióticos y loables propósitos de gobierno que guían al señor ministro de Obras Públicas, manifestados en documentos públicos, referen-

tes a las denominaciones de las estaciones ferroviarias del país, propósitos unánimemente aprobados por la opinión pública, espera de la revisión de la nomenclatura actual, una clasificación exacta y justiciera.

La provincia de Corrientes reclama del gobierno nacional un recuerdo justo y ecuánime de sus varones destacados en las estaciones ferroviarias, cuyas líneas la crucen.

El número de los varones recordados al presente es limitadísimo e incompleto, y por una rara ironía algunas estaciones ostentan nombres de ciudadanos extraños al territorio, a quienes no se les debe ningún servicio público.

Teniendo en cuenta estas ideas, la Junta Ejecutiva organizada para tributar un homenaje al doctor Manuel Florencio Mantilla, se complace en dirigirse al señor ministro de Obras Públicas de la Nación, e invocando los servicios meritísimos de este hijo ilustre de Corrientes y su consagración constante y destacada a la causa de la nacionalidad, solicita de ese ministerio que el Poder Ejecutivo Nacional se sirva designar con el nombre del doctor Manuel Florencio Mantilla, una estación del Ferrocarril Nordeste Argentino, de la extensión a la provincia de Corrientes.

La Junta Directiva, al dejar cumplida una resolución expresa de todos sus componentes, se complace en saludar respetuosamente al señor ministro, a quien Dios guarde.

MINISTERIO DE GOBIERNO, JUSTICIA Y CULTO

Corrientes, Octubre 9 de 1924.

Decreto Nº 891

Vista la nota enviada al P. E. por la Comisión Popular constituída en la Capital Federal, con el propósito de rendir un homenaje a la memoria del doctor Manuel Florencio Mantilla, invitando a este gobierno a adherirse al acto y a designar sus representantes, el cual se realizará el día 17 del corriente, décimoquinto aniversario de su fallecimiento, y considerando:

Que es un deber del gobierno adherirse al homenaje de consagración que tan justa y merecidamente se proyecta para honrar la memoria del esclarecido hijo de esta provincia, que fué un alto exponente de cultura superior, de energía y de labor, y que desde las altas posiciones públicas que ocupó ha puesto al servicio de los intereses públicos de Corrientes y del país, su capacidad descollante, y su patriótica sinceridad, el gobierno de la provincia, decreta:

Artículo 1.º — Adherirse en nombre del gobierno de Corrientes, al homenaje que se tributará en la Capital de la República a la memoria del doctor Manuel F. Mantilla, designándose para representarlo en aquel acto, a los miembros de la Comisión Popular, señores doctor Pedro Numa Soto, doctor

Benjamín T. Solari, doctor Angel Acuña, doctor Miguel Sussini, general Ladislao M. Fernández, doctor Benjamín S. González, Santiago H. Fitz Simon, Eudoro Vargas Gómez, coronel Juan F. Moscarda, Manuel V. Figuerero, doctor J. Honorio Silgueira y doctor Ramón M. Alsina, y debiendo hacer uso de la palabra en nombre y representación del mismo el señor doctor J. Honorio Silgueira.

Art. 2.º — Comuníquese, publíquese y dése al R. O.

(Fdo.) ROBERT — (Fdo.) M. A. BERMUDEZ

ARTICULO PUBLICADO EN «LA FRONDA»

La posteridad lleva en sí el sello de lo inevitable. Se retarda o se desvía, pero llega fatalmente, con implacable seguridad. Es que hay en la conciencia colectiva un equilibrio superior, que se orienta y se aquilata recién en las perspectivas determinadas por el tiempo y la distancia. Tal el concepto del homenaje, que es juicio de posteridad, expresión de justicia que aparece cuando la muerte ha depurado ya los excesos del contacto, las acritudes del combate, los roces de la disidencia o los fervores del afecto. Nada tiene que ver con la cortesía, ni con esas exigencias que nacen de las relaciones de la vida social. Es acto espontáneo, que se realiza por juicio propio, por convicción, por concepto sobre el valor de los hombres, no por solicitaciones de la cortesanía o por la necesidad de un cumplimiento formal. Es ese el sello de su seriedad y trascendencia, de su fuerza y su valor.

Llega así este homenaje a un hombre, cuya vida debe ser hoy presentada como ejemplo. Tuvo rasgos muy personales y muy superiores. Una sensibilidad gobernada por una voluntad férrea, nutrida por una inteligencia vigorosa. Había en su pensamiento, en sus acciones, en su emotividad, ese no sé qué de imperio, de fuerza, de dignidad, que la energía imprime a los temperamentos modelados por el vigor. Todo en él respiraba intensidad y riqueza. La pasión tonifi-

caba su temperamento hasta lo temerario. Era de esos espíritus a los que nada pliega ni doblega. La sensibilidad da a la voluntad temple de acero. El ardor se funde con la energía, dando esas líneas que destacan la rectitud en el calor de la fe. La austeridad no llega a la sequedad, porque el sentimiento respira entusiasmo y amor.

No había en su inteligencia nada de muelle, ondulante y enervado. De osatura maciza, un poco nerviosa, vibrante, contenida, intensa, se burilaba en una frase que encerraba una meditación. Su oratoria era así, con un sonido y fortaleza de bronce. El carácter imperioso da a la inteligencia, con una fuerza inmensa, una severidad que hace aparecer exagerada a los que conciben la vida a través de sus debilidades. La frase se forma por el impulso natural del pensamiento, que se condensa en palabras elegidas por la idea, no por la imaginación. La sobriedad es la consecuencia de este género de elaboración mental y la profundidad es su esencia. El vocablo fluye, como emanación y substancia del espíritu, no como materia formal de belleza. ¡Y qué elegancia, qué galanura, qué armonía en sus párrafos! En una línea condesa una doctrina, un principio de gobierno o de legislación. «El perdón—decía, discutiéndose en el Senado una ley de amnistía — no se discute: se concede o se niega».

No fué un hombre de multitud, ni mucho menos un temperamento espiritual de fácil aprehensión. Condensaba corrientes espirituales divergentes, acaso antitéticas, para que pudiera presentar el tipo de esas fisonomías de frágil estructura. Fué un político de combate, un hombre de gobierno, un intelectual estudioso y meditativo. Tales aptitudes reclaman para su fusión una cantidad de calidades superiores, en un fondo de mucho lastre moral. El equilibrio que se opera en la armonización de tan opuestas energías, da naturalmente una resultante compleja, de difícil

definición. Pudiéramos, empero, encerrar en un concepto la totalidad de sus condiciones de espíritu y de inteligencia. Fué un pensador reprimido por un hombre de estado, con la dinámica del hombre de acción. Un ejecutivo espiritualizado hasta el idealismo por los trabajos del pensamiento.

Su concepto político definía la substancia de su temperamento y de sus ideas de orden moral. Los elementos básicos de la democracia lo constituyen la libertad y la igualdad. Ambos factores se eliminan en su aplicación y desenvolvimiento. Los conceptos democráticos oscilan entre el predominio y las preferencias de uno u otro. El concepto republicano del doctor Mantilla reposaba en el que sostiene la hegemonía de la libertad. De sensibilidad individualista, con un alto concepto de la independencia personal, rechazaba las tiranías igualitarias, que se operan por el predominio de la cantidad. Para él, el ideal de la revolución de Mayo, como el de nuestra organización democrática, reposaba en la libertad más que en la igualdad. Ella asegura, con la diversidad de capacidades, de conducta y aptitudes, el principio de la autoridad y la jerarquía, que son las bases de toda estructura orgánica. El principio de igualdad es una simple disciplina del desenvolvimiento individual, una limitación, un contralor a los excesos de la libertad, que puede llevar a la anarquía, por el desequilibrio de las desigualdades.

De allí surgía su concepto de la vida política, que lo definía en su propia conducta. Jamás aceptó que las organizaciones partidarias ahogaran la personalidad. El hombre de partido era para él una energía activa, una fuerza en sí mismo, combinada con las otras por afinidad de ideales, que dejaba a salvo y en reserva la dignidad personal. Por eso nunca toleró el personalismo, ni soportó el halago y la sumisión. Concebía la convicción y el juicio propio, como la más alta dignidad humana, lo verdaderamente insobornable de la ciudadanía

moral. Por eso dió a su vida ese sello de altivez, de gallardía, que lo presentó tocando los extremos del valor moral. Recuérdese su discurso cuando el jubileo del general Mitre, a quien admiraba. Es la pieza oratoria más destacada y valiente de la época.

Llega, pues, el homenaje en circunstancias que el país necesita la revivicencia de la austeridad, del carácter, de la altivez. Los tiempos son muy duros y apenas cruzan ráfagas de ligero fulgor. Es necesario aproximar las nuevas generaciones al culto de los grandes ejemplos. La luz que viene del pasado tiene a veces la fuerza de la vida que germina.

Angel Acuña.

Buenos Aires, Octubre 19 de 1924.

ARTICULO PUBLICADO EN «EL DIARIO»

La memoria del pasado, especialmente aquella que se refiere a la actuación de los hombres representativos de su época, constituye motivo de enseñanza y algunas veces sirve de estímulo para los que llegan después.

No es posible así olvidar ciertos nombres, ni prescindir de personalidades que en la áspera jornada, llena de esfuerzos y sacrificios, sembraron su pensamiento y labor patriótica en la vida pública. Ellos pasaron, y la memoria contemporánea no siempre atenta y fiel, divisa apenas en lontananza casi borradas las huellas de los ilustres desaparecidos.

Para que no se diga que vivimos sin tradiciones, entregando a la indiferencia los nombres y las obras de aquellos que vivieron y sirvieron al país, evocamos hoy en el aniversario de su muerte, como merecido tributo al que fué pensador, publicista y orador, el recuerdo de Manuel F. Mantilla que logró destacarse por el talento y la acción proficua, dejando ejemplos de civismo y de virtud.

Había empezado temprano a distinguirse por las dotes superiores del espíritu. Sus contemporáneos del Colegio Nacional recordaban que desde las aulas señaló los rasgos de precoz inteligencia que bien pronto debía brillar en las alturas donde llegó. Vivió y murió trabajando siempre, la lucha fué elemento distintivo de su carácter, lucha sin fatiga ni reposo, y cuando cayó para no levantarse más, maduraba uno de los mejores

proyectos legislativos, nada menos que el voto secreto, que dos años después debía implantar el presidente Sáenz Peña.

Comienza su carrera en la provincia natal de Corrientes, para distinguirse en la prensa, por el ardor y firmeza de las convicciones que algunas veces llegó a la intransigencia, no tanto para con el adversario, como contra las tendencias que reputaba incompatibles con las ideas liberales, cuyo origen para él dentro del medio en que se desarrollaron, tuvo en Berón de Astrada, su representante, su campeón y mártir.

Pero bien pronto la actuación del hombre público debía alcanzar esferas elevadas. Vino a la Capital Federal con la representación de diputado al Congreso y en las memorables sesiones de la Cámara de 1880 se reveló orador en la tribuna parlamentaria. Los sucesos poltíicos de entonces que debían manifestarse en la revolución y guerra civil, obligaron a Mantilla a trasladarse nuevamente a Corrientes que, con Buenos Aires, sostenían la resistencia contra el poder oficial imperante, hasta que poco después de vencida tuvo que expatriarse al Paraguay.

El destierro aunque se prolongó cuatro años, sólo era una tregua impuesta a la actividad del tenaz combatiente; le sirvió para fortificar y madurar su espíritu impregnado de amor a las cosas delicadas del pensamiento.

Regresó a la capital de la República donde definitivamente fijó su residencia, y aquí se consagró a las investigaciones históricas, escribiendo libros de los que algunos dió a luz y otros se mantuvieron inéditos. Cuando el general Mitre publicó con el mayor éxito la «Historia de San Martín», apenas quince días después aparecía un volumen en que Mantilla ofreció el extracto completo del libro, fidelidad, que mereció el elogio del gran historiador al verse tan bien comprendido por el exponente de la obra.

El doctor Mantilla era escritor y periodista. Después de

la revolución de 1890 tomó a su cargo la redacción del viejo «Nacional» donde también sobresalió por la propaganda en pugna al régimen pasado que tanto había combatido. Pero si la política fué siempre una inclinación dominante de su alma, ella no le impedía también dedicarse a la historia, y con frecuencia el escritor trazó páginas inolvidables de vivo colorido sobre la acción del caudillaje durante la tiranía argentina. Entre otras están las que se refieren a la jornada en que el general Paz cayó del caballo a impulso de las boleadoras enemigas, y aunque el suceso era conocido, aparecía con nuevos datos recogidos en el Archivo Nacional, donde él pasó tres años, estudiando y compulsando documentos.

Pero no tanto la prensa como el parlamento debía ser teatro de su actividad y acentuarse con más relieve la personalidad de hombre público. Aunque la primera vez fué rápida su actuación en la Cámara de Diputados, volvió a ella, y más tarde al Senado de la Nación. En uno y otro cuerpo legislativo señaló su sólida preparación en las materias sometidas a debate, y ahí están las publicaciones de la época que lo acreditan, esparciendo luz con la palabra elocuente y autorizada.

Allí fué independiente en las ideas y más de una vez sostuvo la oposición, no para responder a un partido, sino a las propias convicciones. Al discutirse el proyecto sobre impuestos internos que debía prevalecer, la palabra del legislador se levantó para impugnarlo, afirmando que era atribución exclusiva de los Estados y no de la Nación imponer tal carga. Establecer lo contrario era anular el sistema federal que consagraba la autonomía de las provincias tan digna de consideración.

Nunca estuvo de acuerdo con las preocupaciones y menos admitía las tendencias al personalismo, y es así que rechazaba las glorificaciones, aun de los hombres del pasado como algunas veces se pretendía.

«Basta de Alberdi»! exclamaba en uno de sus discursos, al observar que nada era posible pensar sin admitir la autoridad del «magister dixit», subordinando el criterio a lo que sostuvo el publicista en sus escritos, y recordando que si fué el autor de las «Bases» figuró también como apologista del bárbaro tirano del Paraguay.

El que así se expresaba, por cierto que no aparecería inconsecuente al pronunciarse contra las idolatrías personales, cuando por igual razón decía «Basta de Sarmiento»! al escuchar con excesiva frecuencia citarse al hombre de estado, que por más autoridad que tuviera, era inconveniente a los fueros del libre examen, subordinar el pensamiento sólo al juicio y opinión de un hombre.

Era así Mantilla, espíritu altivo y valiente, que no transijía con lo que consideraba error, despropósito o claudicación. Nunca abdicó de las convicciones que señalaron el rumbo de su vida y fueron los principios que afirmó en su carrera pública.

Una mañana de primavera viajando en ferrocarril, desapareció de improviso. La tarde antes, en la tertulia semanal que ofrecía a sus amigos en el Museo Histórico, el inolvidable Adolfo P. Carranza donde nunca faltaba Mantilla, se le vió ágil, haciendo gala de salud y humor. El, como todos los que asistían estaban lejos de sospechar que era aquella la visita última para la eterna despedida. Sin preverlo, casi sin sentirlo, al siguiente sucumbió de un ataque repentino.

Aquella triste desaparición dejó un gran vacío en la vida contemporánea. Son contados los hombres de acción e inteligencia que han venido después a la escena, pero es difícil encontrar al que pueda ocupar su lugar, y menos a los que hayan logrado superarle en sus eximias cualidades.

Adolfo Decoud.

Buenos Aires, Octubre 17 de 1924.


00015051943
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL